

El sueño europeo de Juan Donoso: una Unión política y religiosa.

Juan Donoso Cortés, primer marqués de Valdegamas, nació en Extremadura en 1809. Su biografía ha sido trazada y profundizada por su discípulo Gabino Tejado, que ordenó y publicó gran parte de los escritos del pensador extremeño después de su fallecimiento. A través de los años, varios estudiosos volvieron a interesarse en la vida de Donoso, sin embargo es ausente un estudio profundizado que examine el componente europeísta de la filosofía donosiana, un tema soslayado por quienes quisieron ver su filosofía marginada a la política local, pero tampoco considerada como tema principal por quienes vieron en Donoso un pensador de resonancia internacional, a pesar de que sus ideas fueron luego retomadas por muchos intelectuales europeos, especialmente de derecha, como Carl Schmitt y Ramiro de Maeztu.

Durante su juventud, la vida política de Donoso se caracterizó por la adhesión a los valores liberales y por una apología de la revolución francesa descrita como un acontecimiento providencial que había marcado la historia europea. Sin embargo, ya desde estos años en el pensamiento de Donoso se evidencia una cierta heterodoxia en sus ideas progresistas, una clase de liberalismo *sui generis* que le llevó a evitar poner en discusión el derecho de Fernando VII a reinar, siquiera durante la etapa más reaccionaria del período fernandino. Así podemos afirmar que hubo durante su juventud y primera madurez componentes de conservadurismo en un ánimo liberal, a la vez que hubo componentes de tinte liberal durante su período más tradicionalista. Y es acaso más adecuado hablar de tradicionalismo que de conservadurismo con respecto a Donoso, siendo que éste nunca quiso conservar nada más de lo que consideraba ser los fundamentos de España: religión y monarquía.

El lugar preeminente del que gozó en la corte isabelina, lo condujo a obtener importantes cargos diplomáticos en Prusia y Francia, países en los cuales fue embajador. Estas experiencias le otorgaron una perspectiva de la vida política continental, produciendo en el extremeño una conciencia de español europeo. Esta idea europeísta resultó en un anhelo hacia la construcción de un sujeto político común por los países del continente, un sujeto que tendría como pivote el modelo institucional de trono y altar.

A nivel de organización política, Donoso estuvo anclado a la monarquía hereditaria constitucional, tal y como la vemos idealizada en la figura de Isabel II, que teóricamente corresponde a la visión donosiana de una reina que gobierna con el auxilio de consejeros, sin ser una monarca absoluta ni tan solo una figura meramente representativa y priva de poder decisonal. Según Donoso este tipo de gobierno responde de mejor manera a la salud práctica, pero sobre todo a la salud espiritual y a la felicidad de las personas. Donoso la llama democracia positiva y la define así: "Cuando yo hablo de la monarquía democrática, de gobierno democrático, no hablo de la monarquía de las turbas. La monarquía democrática es aquella en que prevalecen los intereses comunes sobre los intereses privilegiados, los intereses generales sobre los intereses aristocráticos. Esta es la monarquía democrática" (*Obras*, III, 80). Democracia es entonces un concepto de poder gracias al cual la comunidad, el *demos* tiene prioridad sobre la aristocracia, pero queda claro que es tarea de la monarquía misma vigilar el bien de la comunidad. Indudablemente, esta fórmula de origen agustiniano despoja y vacía ese mismo concepto de democracia de todo su contenido, ya que nada más le queda al pueblo sino esperar que la figura paterna del monarca provea a sus necesidades: el pueblo de esta forma no tiene alternativa que la de aceptar con ganas o aceptar con resignación las decisiones tomadas desde arriba: el *citoyen* de la Revolución francesa debe volver a ser *súbdito*. En cambio, la clase dirigente debería estar formada por una élite de intelectuales que piensa en cómo organizar la sociedad, tomando las decisiones y dejando libre al pueblo de concentrarse en su trabajo y en

el bienestar de sus familias. Esta idea que parecería pertenecer a un conservadurismo superado ya durante los tiempos de Donoso, no es sin embargo tan distante de lo que Slavoj Žižek escribió en 2013, o sea que el pueblo no sabe lo quiere, ni quiere saberlo: el pueblo necesita "a good elite, which is why a proper politician does not only advocate people's interest; it is through him that they discover what they 'really want'". Creo ser interesante entonces volver a las ideas de Donoso porque pueden ayudarnos en arrojar luz sobre los orígenes del elitismo, que como vemos es una corriente que sigue teniendo resonancia. La importancia de encontrar la élite adecuada es obviamente un tema central en Donoso, tanto para gobernar España cuanto Europa. Donoso, que es un filósofo profundamente católico, la encuentra en aquellos que pueden encauzar el poder hacia los valores éticos del catolicismo, y esto consecuentemente significa intelectuales católicos y monarcas católicos y encima de todo ellos, el Pontífice, que vendría a ser el jefe moral de las monarquías europeas: autónomas, pero ligadas entre sí por una unidad ética que las acaudalaría hacia una visión única y compartida de la realidad humana y política.

Además de ser una propuesta que cuaja bien con la ideología de Donoso, el europeísmo católico y elitista donosiano se puede entonces interpretar como una estrategia para sacar la corona de Isabel II de la periferia en la cual su poder y prestigio estaban arrinconados en Europa y hasta en la misma España. La primacía papal en Europa sería entonces como un caballo de Troya gracias al cual operar una síntesis entre los valores cristianos españoles y las necesidades de cambio en el seno de la estructura del Reino, que también resultaría útil para resolver problemas internos. La de Donoso aparece ser una búsqueda de algún tipo de sincretismo político-religioso fundado en la ética, reiterando el concepto persistente de la superioridad de ésta sobre la economía. Considerando el contexto histórico decimonónico, esta enunciación es equivalente a proclamar la necesidad de un liderazgo de la cultura española sobre la anglosajona y alemana y en parte la francesa. Aceptar la primacía del obispo de Roma y de la

Iglesia es para Donoso la *conditio per quam* reformar las instituciones sin modificar la esencia de la civilización española y europea.

Aunque no parece haber en Donoso algún tipo de preocupación al respecto, queda claro que esta idea conlleva el peligro de que su estructura sea seducida por el poder mundano, olvidando su dimensión escatológica. Pero en la mente de Donoso, otorgar la supremacía moral al Papa, no era sino una la única solución que abriría la posibilidad de construir una Europa ideal, en la que se podrían conservar las características propias de cada nación: las identidades nacionales no se fundirían en un crisol, sino que se mantendrían separadas y dirigidas cada una por su rey, en concordancia con una de las piedras angulares de la teoría donosiana: la ley de la unidad y variedad, o sea un concepto según el cual la naturaleza de las cosas siempre tiene un fondo único, pero en esta unidad se desarrolla una variedad gracias a las diferencias. Como ya he mencionado, Donoso no se fija mucho en la economía porque está convencido de que la riqueza de un estado se obtiene dejando la población libre de perseguir su bienestar a través de la paz y de la abnegación de los súbditos. En cambio, los grandes obstáculos a la salud material de un país son en su opinión todos reconducibles a fallos doctrinales: son éstos los verdaderos problemas de la máquina productiva y comercial ya que el bienestar físico es simbiótico al bienestar espiritual. En la perspectiva donosiana la salud de Europa estaba en fuerte peligro, y por ende la economía estaba destinada a involucionar de consecuencia. Efectivamente, la balanza económica europea padecerá de fuertes crisis durante el siglo XIX a causa de la explotación salvaje del capitalismo sobre la clase obrera, mientras que en el siglo XX será causada por las guerras intestinas. Ambas cosas pueden ser reconducidas a la caída de valores morales de la sociedad: solidaridad, caridad y hermandad.

A pesar de todo, el declive parecía a Donoso probable pero no inevitable: quedaban bolsas de resistencia a la decadencia desde las cuales poder fortalecer otra vez la grandeza de la civilización europea. Según Donoso España era una de estas, y era además la principal y la

enunció de esta manera "España, señores, es en Europa lo que un oasis en el desierto de Sahara" (*Obras*, III, 311). Estas palabras representan una doble reivindicación: por un lado ancla la península al continente europeo dando vuelta al tópico de la España africana, ya que el desierto con su calor y sequía –y por ende uno de los lugares africanos por excelencia en el imaginario occidental– se asocia a la Europa ilustrada y protestante; además declara que en el medio de esta sequía espiritual y moral es la misma España el lugar por excelencia en el cual se guardan los valores humanos fundamentales–en particular la fe–que brotan de este país ofreciendo un ejemplo a seguir para los demás. Porque el problema que se hallaba en el mundo contemporáneo de Donoso era en su opinión el alejamiento de la sociedad de la fase "afirmativa", o sea de la fase en la cual la civilización avanza y se fortalece, amparada por el catolicismo (*Obras*, III, 315). Este alejamiento produciría una reacción en cadena: los pueblos se volverían ingobernables y los gobernantes demasiado débiles o viceversa, despóticos. Estos extremos eran para él igualmente peligrosos porque acercarían Europa a su antítesis: los imperios teocráticos y absolutos propios de Asia o la fragmentación anárquica que se atribuía a África.

Buscar en la unidad mística de los creyentes una justificación al poder nacional es un fenómeno común en el siglo XIX, especialmente en el Romanticismo, pero esto no podía ser suficiente: soldar el catolicismo a la sola España había resultado anteriormente ser un arma poderosa para el reino ibérico, pero ya no era bastante en el contexto decimonónico. La pérdida de influencia de España en la política continental y colonial demuestra que la solución debía ser más compleja: se necesitaba alargar esa comunidad de creyentes a toda Europa, y por eso era necesario yuxtaponer la historia de las conquistas militares y culturales europeas a la historia de la penetración del cristianismo en el seno de sus pueblos. España vendría así a convertirse en una cabecera de puente del catolicismo en Europa recuperando de esa manera el relieve internacional, así como ocurrió en Francia gracias a la Ilustración en el siglo XVIII.

Gracias a este argumento, el europeísmo es para Donoso un instrumento útil para reforzar sus posiciones tradicionalistas en el contexto interno español contraponiendo su visión de una España *constructora* de una identidad europea fuerte basada sobre valores cristianos, frente al modelo liberal, cuyos patrones están inequívocamente ligados a sistemas exógenos basados en la acumulación del capital y en el comercio, poniendo el bienestar de la persona en un plano secundario respecto al bienestar económico de la sociedad productiva. Al mismo tiempo esta coexistencia entre naciones vaticinada por Donoso debería ser matizada por una precisa toma de autoconciencia que se resuelve en una doble naturaleza de español y europeo (o alemán/europeo, francés/europeo etc.): este concepto es importante y necesario, ya que para Donoso hay una correspondencia directa e insoslayable entre la existencia de naciones europeas soberanas y la unión entre ellas. La unión de naciones fuertes tendría como resultado una unión fuerte, capaz de rechazar las amenazas externas que serían de origen político e ideológico: por eso Donoso ve la solución en las armas del ejército y de la fe.

Pero aquí surge una problemática en la lógica donosiana, ya que el todo el siglo XIX España estuvo muy deficitaria a nivel militar. Su solución era entonces volver a las armas de la religión, considerada como la piedra de toque de toda la tradición de la península. Por esa razón no creo acertado afirmar, como hizo el profesor Álvarez Junco, que el pensador extremeño "planteó su obra al margen de los problemas españoles" quedándose ajeno al sentimiento nacional, sino que, viendo en el furor económico y en el economicismo las problemáticas principales que desde Europa afectarían España como nación, apela a una nueva cristianización de Europa para regenerarla espiritualmente y a la vez regenerar políticamente España. Como ya habían hecho los españoles frente a la invasión napoleónica a través de las armas, Donoso—lejos de arrinconar los problemas de España—solicitaba expulsar los ideales jacobinos a través de una cruzada cultural inversa, apelando a que la Iglesia saliese del santuario (*Obras*, V, 194) y se opusiese a las herejías del tiempo. Es evidente que las posibilidades del

éxito de tal acontecimiento rozaban el imposible, pero se trataba de la *extrema ratio* donosiana para eludir el triunfo del materialismo en Europa.

La atención de Donoso es toda para España y Europa, y para las relaciones entre ellas: sobresale la idea de que mientras menos España tenga una clara idea de sí, más estará en peligro de convertirse en una colonia cultural. Por eso su producción filosófica mira a hacer España más europea, y Europa más española, siempre a través de lo que él reputa ser el único elemento de continuidad y cohesión posible—el catolicismo. Se trata de *buscar* un orden, un orden nuevo que Donoso vislumbra, pero no encuentra, ni en el Medievo ni tanto menos en la Restauración. Este orden descansaría como hemos visto en el modelo de una Europa unida bajo el trono y el altar, pero esta vez sustituyendo a la figura del emperador, demasiado fuerte y por ende potencialmente peligrosa, la de los monarcas, que garantizarían la *variedad* en la *unidad* de Europa, siendo entonces los reyes la variedad y el Papa la figura que los une.

En definitiva, podemos decir que Donoso Cortés quiso encontrar soluciones a los problemas que veía haciéndose más y más serios en toda Europa; a esos problemas que parecían insolubles a nivel humano, quiso buscar otra vía que no fuera el capitalismo materialista que estaba despoblando las campiñas para alimentar las fábricas urbanas, ni el socialismo que veía como fuente primaria de la negación total de la solidaridad. Entre estos dos *leviatanes*, el pensador pacense no quiso ni pudo elegir el mal menor, y por lo tanto buscó una solución alternativa para Europa: una solución que habría debido involucrar a una Europa unida bajo un mando común que le hiciera permanecer en la cabecera mundial y que pudiera involucrar los varios estados sociales, contando con una visión religiosa universal muy distinta del espiritualismo individualista que buscaron luego los intelectuales de finiseculares. Está allí, a mi parecer, la gran actualidad de Donoso: después de los experimentos fracasados del socialismo científico del siglo XX, y de un capitalismo mundial que está enriqueciendo a una

minúscula minoría y empobreciendo a las masas, su grito de alarma suena más que nunca digno de atención.